

Extremos climáticos en Mendoza: por qué las tormentas de verano son cada vez más severas

09/02/2026



Las tormentas severas que azotaron al oeste argentino en las últimas semanas han encendido las alarmas sobre la vulnerabilidad de la infraestructura urbana frente a fenómenos meteorológicos cada vez más violentos. Juan Antonio Rivera, doctor en Ciencias de la Atmósfera e investigador del CONICET en el IANIGLA, analiza la dinámica detrás de estas precipitaciones inusuales. Según el especialista, Mendoza enfrenta una paradoja climática: un incremento en la severidad de las tormentas estivales que convive con una crisis hídrica estructural por la falta de nieve en alta montaña.

La humedad como combustible del cambio climático

Las precipitaciones registradas durante el mes de enero no

solo fueron intensas, sino que en puntos específicos de la provincia superaron los 100 milímetros, una cifra impactante para una región semiárida. **«Estamos viendo fenómenos que podemos extrapolar a buena parte del oeste argentino. Ha habido un aporte de humedad muy importante desde el centro del continente que, sumado a las altas temperaturas de estos meses, genera procesos convectivos de gran inestabilidad. Es peculiar observar que, mientras la región pampeana registró muy pocas lluvias, en nuestro sector los totales superaron los 100 milímetros solo en enero. Esto representa un tercio, o incluso más, de lo que llueve en todo un año normal»**, analizó Rivera.

«No estamos ante un fenómeno cíclico como 'El Niño'; aquí el factor determinante es el calentamiento global. El exceso de evaporación, exacerbado por el incremento de la temperatura debido a la emisión de gases de efecto invernadero, funciona como el combustible perfecto para estas tormentas», explicó.

El desafío de pronosticar el extremo

A pesar de los avances tecnológicos, predecir con exactitud cuándo y dónde descargará una tormenta de corta duración pero alta severidad sigue siendo uno de los mayores retos de la ciencia atmosférica. **«Los pronósticos estacionales a tres meses trabajan con precipitaciones medias y, por ahora, indican valores normales para lo que resta del verano y el inicio del otoño. Sin embargo, eso no significa que no vayan a ocurrir nuevos fenómenos extremos. Es extremadamente difícil pronosticar una tormenta de una hora de duración con tanta antelación; a veces es difícil hacerlo incluso de un día para el otro»**, admitió el investigador del CONICET.

«Lo que sí sabemos claramente es que estos fenómenos violentos son cada vez más frecuentes y están alineados con el calentamiento regional», agregó.



Juan Antonio Rivera, doctor en Ciencias de la Atmósfera e investigador del CONICET en el IANIGLA, brindó detalles

Gestión de riesgo y políticas públicas

En otro tramo de la entrevista que Rivera brindó a **FM Vos 94.5**, destacó que, si bien los sistemas de alerta temprana funcionaron correctamente en los últimos episodios, la infraestructura urbana y la conducta ciudadana deben adaptarse a una nueva realidad climática. **«El fenómeno fue anticipado correctamente y eso dio margen de maniobra. Estábamos bajo alerta naranja y se suspendieron actividades al aire libre, lo cual es positivo porque se priorizó evitar pérdidas humanas. La pregunta es qué pasará si estos eventos son aún más severos en el futuro: ¿van a aguantar los canales y las acequias?»**, planteó con sensatez.

«La limpieza de cauces ante pronósticos de 20 o 40 milímetros es una tarea municipal urgente y obligatoria. Pero también hay un componente de imprudencia; nadie quiere ver autos arrastrados por un aluvión en la ruta porque alguien decidió cruzar un cauce crecido. Tenemos que aprender a convivir con

estas alertas», remarcó.

La paradoja de sufrir inundaciones en medio de una crisis hídrica

Mendoza enfrenta un escenario contradictorio que desafía la lógica común: mientras las calles se anegan por tormentas récord, la provincia transita una crisis hídrica prolongada. Por ello, Juan Rivera explicó que el agua que «sobra» en el llano durante un aluvión no es capaz de compensar el déficit acumulado en las cumbres, lo que plantea un escenario de vulnerabilidad doble para el futuro productivo de la región.

«Es un panorama complejo que se proyecta hacia una mayor exacerbación. Una tormenta torrencial es muy difícil de gestionar desde el punto de vista del manejo hídrico, porque no hay certeza de dónde va a descargar con severidad hasta pocas horas antes. Además, nuestros embalses están diseñados para almacenar el agua del deshielo, no para contener estas lluvias súbitas que arrastran una enorme cantidad de sedimentos», comentó. «Ese sedimento dificulta el manejo y muchas veces obliga a erogar el agua acumulada para proteger la infraestructura, por lo que ese recurso termina perdiéndose», amplió.

La proyección científica para las próximas décadas no es alentadora en cuanto a la disponibilidad de agua dulce, lo que obliga a las autoridades a repensar de manera urgente el modelo de distribución y defensa aluvional. «El futuro nos marca un camino donde el déficit de nieve en la cordillera se va a profundizar, mientras que la ocurrencia de fenómenos violentos en las zonas bajas será más frecuente. Esto deja al sistema sin tantos elementos de maniobra. El agua que inunda las ciudades durante una hora no reemplaza la reserva sólida de los glaciares y la nieve estacional», aseveró el experto.

«El gran desafío institucional será cómo gestionar el agua en un clima donde las fuentes de alta montaña se agotan y el

cielo solo entrega agua en forma de eventos extremos y destructivos», expresó Rivera al terminar la entrevista.